

LA ÚLTIMA PARTIDA DE AJEDREZ

Diego Ruiz-Castizo Calero

Es profesor del I.E.S. Rodrigo Caro desde el año 2006. Cultiva ocasionalmente el relato corto. El presente relato está basado en el argumento de la novela de Stefan Zweig “Novela de ajedrez”, aparecida en 1941, y considerada como obra maestra del escritor austriaco.

En agosto de 1940 me encontraba charlando con un conocido en la cubierta del trasatlántico “Cruz del Sur”, a punto de zarpar de Nueva York para Buenos Aires en una travesía de doce días, cuando un ligero bullicio a nuestras espaldas llamó nuestra atención. Un grupo de periodistas sacaba fotos a un joven de poco más de veinte años, que por las poses que mostraba dejaba traslucir cierta petulancia insolente. Mi amigo me informó de que se trataba de Mirko Zcentovic, un joven húngaro que con sólo veintidós años se había convertido en el reciente campeón mundial de ajedrez. Estimulado por mi natural e incorregible curiosidad le pregunté sobre tan notable viajero a mi acompañante, quien al punto me hizo una completa semblanza del personaje.

Zcentovic había nacido en una zona rural a orillas del río Danubio, hijo de un humilde barquero y una joven campesina, la cual desafortunadamente murió en el parto. Cuando el chico cumplió doce años murió también el padre, con lo que el párroco de la aldea se hizo cargo de su educación. El muchacho, cuyo aspecto era bastante tosco, con una enmarañada pelambreira rojiza en su cabeza y una incipiente complexión robusta, apenas se comunicaba con nadie. No hacía amigos en la escuela y se pasaba el día taciturno realizando cualquier labor en la casa que le hubiera encomendado su mentor, para lo cual se mostraba siempre dispuesto. Llamaba la atención la extremada minuciosidad que aplicaba en las tareas, pero también exasperaba su exagerada lentitud. Acostumbraba el párroco algunas tardes a jugar al ajedrez con el alguacil, ocupación en la que ambos encontraban un grato esparcimiento, y entonces el muchacho se sentaba al lado mirando el tablero como abstraído, a juzgar por la aparente vacuidad de su mirada. Y sucedió un día que el párroco tuvo que marchar precipitadamente para atender a un vecino agonizante, con lo cual el alguacil y el muchacho quedaron solos. El alguacil, como bromeando, le dijo al chico que si era capaz de continuar la partida; inopinadamente, el muchacho ocupó el asiento vacío del párroco, y cogiendo tímidamente una pieza, realizó un primer movimiento. Sorprendido el alguacil por lo inesperado del caso, y comprobando la coherencia del movimiento que acababa de hacer el muchacho, ejecutó una respuesta. Pero fue mayor la sorpresa del alguacil cuando en apenas siete movimientos se encontró en situación de jaque mate. Jugaron una nueva partida, y el desenlace en diecisiete movimientos fue el mismo. Cuando regresó el párroco, el alguacil le puso al corriente de aquel hecho insólito; probó entonces el párroco a jugar con el muchacho, y en dos

partidas consecutivas obtuvo dos rotundas derrotas. Asombrados el párroco y el alguacil, y presintiendo que se encontraban ante un incipiente jugador prodigioso, decidieron llevarlo a una ciudad próxima donde había un conocido club de ajedrecistas, para medir al muchacho con jugadores más avezados. En la primera partida el chico fue sorprendido con una defensa siciliana desconocida para él. Pero en las sucesivas partidas se fue adueñando de la situación hasta derrotar uno a uno a sus competidores. Convencidos todos de que se encontraban ante el caso evidente de un prodigioso joven jugador, decidieron costearle los estudios en una prestigiosa institución escolar, donde permanecería en régimen de internado, para que obtuviera una aceptable formación y pudiera desarrollar sus dotes ajedrecísticas. En dos años consiguió un conocimiento exhaustivo del juego, pero paradójicamente se mostró un más que mediocre alumno en otras áreas de aprendizaje: tenía que hacer sencillas operaciones matemáticas ayudándose con los dedos, carecía de toda curiosidad por los conocimientos generales, y algo que desconcertaba enormemente a sus profesores de ajedrez era el hecho de que fuera incapaz de desarrollar una partida sin ver el tablero, es decir, lo que se denomina jugar una partida “a ciegas”. Sin embargo, ante el tablero se comportaba como un jugador tenaz, implacable, aunque también llamaba la atención su excesiva lentitud. En los años sucesivos participó en los torneos oficiales, llegando a ser campeón de su país a los veinte años, y consiguiendo el título mundial a sus recién cumplidos veintidós años. Todo ello se tradujo además en una holgada situación económica que acrecentaba peligrosamente la petulancia que exhibía el joven a la vista de todos.

Ya he declarado antes mi natural e incorregible curiosidad, sobre todo en lo que concierne al conocimiento del alma humana, por lo que a partir de ese momento tomé la firme decisión de acercarme a tan peculiar personaje. Pero el joven eludía los espacios de reunión, paseaba solitariamente por la cubierta y, según me dijo un camarero de a bordo, pasaba la mayor parte del tiempo en su camarote ensayando su juego en un tablero de ajedrez portátil. Como me parecía excesivamente intrusivo, e incluso contrario a la correcta cortesía, abordarle en sus escasos paseos por cubierta, ideé una estrategia para conseguir contactar con él. Pensé entonces que la mejor manera de atraer su curiosidad sería organizar una serie de partidas de ajedrez en la sala de juegos contigua a la cafetería de la cubierta principal, la misma cubierta en la que el joven acostumbraba a pasear. Encontré un excelente compañero de juego en un individuo escocés llamado MacConnor, un ingeniero de unos cuarenta años, de recia complexión y, según demostrarían los acontecimientos, de obstinada tenacidad, que se había enriquecido con la prospección de pozos de petróleo en California. Comenzamos mi partener y yo con nuestras partidas, y tal como había previsto, pude ver cómo Zcentovic nos observaba desde la cubierta a través de un ojo de buey. Apenas un par de minutos después entraba en la sala de juegos, y a una distancia prudencial echó una mirada al tablero en el momento en que MacConnor movía un alfil. No le debió parecer digno de mayor interés nuestro nivel de juego, pues acto seguido dio la media

vuelta y salió de nuevo a cubierta. Para desahogarme de mi contrariedad, le dije a mi vigoroso oponente que su jugada no debía ser un gran ejemplo de pericia cuando había provocado esa desdeñosa reacción del maestro. MacConnor, que no había advertido la presencia del joven, me preguntó que de quién se trataba. Le expliqué que nuestro displicente observador era nada menos que el actual y flamante campeón mundial. Espoleado y herido en su amor propio por el comentario que le acababa de hacer, se propuso retar a tan notable y esquivo personaje; con lo cual, se puso de pie en el acto y salió decidido a buscarle en cubierta. Diez minutos más tarde regresaba mi tenaz compañero con una expresión en la que se mezclaban un ligero enfado y una reconfortante satisfacción. Acto seguido le pregunté por el resultado de la entrevista; MacConnor me contó cómo se había presentado ante el joven, y cómo este no se había dignado siquiera a estrechar su mano. Sin embargo, prosiguió en su intención de invitarle a una partida, declarándole por supuesto que con ello nos hacía un gran honor. Zcentovic contestó que sentía no poder aceptar su invitación, pues tenía acordado mediante contrato con su representante no jugar una partida si no se fijaban previamente sus honorarios, y que para un caso como el que se le proponía, ascendían a 250 dólares. MacConnor, aguijoneado siempre en su amor propio, aceptó las condiciones del joven, con lo cual quedaron citados en la sala de juegos para las once de la mañana del día siguiente.

A la hora acordada de la mañana del día siguiente nos encontrábamos MacConnor y yo sentados frente a una amplia mesa de la sala de juegos, sobre la que podía verse un espléndido tablero de ajedrez con unas magníficas piezas de marfil. Nuestro distinguido adversario tardó aún quince minutos en aparecer, y cuando lo hizo nos saludó secamente y sin más preámbulos nos propuso las siguientes pautas de juego: dispondríamos ambas partes de diez minutos entre cada movimiento, jugaríamos los dos, MacConnor y yo, contra él, y una vez que él realizara un movimiento se apartaría de la mesa para respetar la privacidad de nuestras deliberaciones; nosotros le avisaríamos golpeando una copa con una cucharilla, pues fue imposible encontrar una campanilla, una vez hubiéramos realizado nuestro movimiento. Comenzamos la partida, durante la cual Zcentovic no nos dirigió una sola vez su mirada, haciéndonos sentir de esta forma su arrogante superioridad. En diecisiete movimientos se produjo el desenlace esperado, la apabullante victoria del maestro. Pensaba yo que en ese momento terminaba nuestra temeraria experiencia, y costosa desde el punto de vista pecuniario, cuando MacConnor pidió, con una voz ronca y enfurecida, la revancha. Había en ese momento cuatro o cinco personas más que actuaban como observadores silenciosos. Zcentovic lo miró indiferente, y con la actitud del que concede generosamente su gracia, aceptó el nuevo desafío. Comenzó entonces una segunda partida, en la que MacConnor no apartaba la vista del tablero, como queriendo magnetizar nuestras fichas para llevarlas así hacia la victoria. Después del duodécimo movimiento quiso la fortuna depararnos una situación de raro privilegio: teníamos un peón a falta de una casilla para obtener una nueva

dama. Nos miramos mi compañero y yo sorprendidos, y observábamos el tablero preguntándonos si no sería un señuelo de nuestro adversario. Pero por más que mirábamos las distintas piezas, no advertíamos peligro alguno. Se disponía MacConnor a avanzar el peón, cuando una mano fulminante de uno de los observadores le detuvo el brazo. Miramos atónitos al individuo que de forma tan sorprendente había detenido nuestro juego, y pudimos ver a un hombre de unos cincuenta años, de tez extremadamente pálida, que llevaba unas lentes oscuras que parecían protegerle de la claridad, cuyo aspecto era el de una persona prematuramente envejecida. El hombre nos explicó que si avanzábamos el peón para conseguir la tentadora dama, nuestro contrincante aprovecharía para comenzar un ataque que en cinco o seis movimientos nos pondría en un apuradísimo jaque al rey. Aquel hombre, con sus explicaciones y su capacidad de anticipar un número considerable de movimientos, demostró tener un conocimiento profundo del juego. MacConnor, que comenzaba a mirarlo como a un ángel salvador, le preguntó cuál le parecía que podría ser el movimiento más conveniente, tras lo cual aconsejó olvidar de momento la consecución de la dama, y elaborar una estrategia de defensa. Cuando Zcentovic observó el cambio de rumbo de nuestro juego, no pudo ocultar cierto gesto de desagradable sorpresa, y en los sucesivos movimientos se vio obligado a emplearse a fondo dilatando aún más sus periodos de reflexión. Llegado a ese momento, Zcentovic hizo algo que no había hecho hasta ese momento, y es que levantó su vista para observarnos y tratar de esa manera de localizar al “cerebro gris” que le estaba oponiendo tan encarnizada resistencia. En el movimiento treinta y cuatro nuestro joven campeón se vio obligado a declarar la partida en tablas, y mirando fijamente a nuestro inesperado salvador, nos emplazó a una nueva partida para el día siguiente. Una vez que nos quedamos solos, nos felicitamos ante el hecho insólito que acababa de ocurrir. Sin embargo, cuando le animamos a nuestro hombre a participar en la partida del día siguiente, este se mostró reacio a nuestra invitación, aduciendo que hacía más de treinta años que no jugaba al ajedrez, y que el resultado de la presente partida había que atribuirse a un extraño lance de la fortuna. Por supuesto, sus argumentos no convencieron a nadie, y por consideración a su frágil apariencia, decidimos no insistirle, al menos por el momento.

Aquella misma tarde me encontré con nuestro discreto adalid, que se encontraba en cubierta plácidamente tumbado en una hamaca, y entregado a la lectura. Le saludé cortésmente, y con gran amabilidad me invitó a sentarme a su lado. Se presentó como el Señor B., nacido en Austria y obligado al exilio tras los trágicos acontecimientos ocurridos en su país con la invasión nacionalsocialista. Inmediatamente relacioné su apellido con el de una aristocrática familia vienesa muy cercana a la familia imperial austriaca. Cuando le pregunté si podía reconsiderar su decisión de abstenerse de jugar al día siguiente contra nuestro prepotente campeón, me dijo que era cierto que no había jugado al ajedrez desde su época juvenil, y que en la actualidad no sabía si lo que él había practicado en época más reciente y debido a unas circunstancias extraordinarias, podía ser denominado rigurosamente como

ajedrez. Le pedí que se explicara más ampliamente, y me respondió que no tenía ningún inconveniente siempre que pudiera dedicarle en ese momento un tiempo considerable, pues se trataba de una historia que no le resultaba fácil detallar. Inmediatamente intuí que la historia que trataba de contarme aquel hombre debía tener una gran profundidad humana, y accedí complacido. El Señor B. se quitó sus lentes y acomodándose en su hamaca comenzó con su relato. Efectivamente pertenecía a una conocida familia que había tenido un contacto muy directo con la familia real austriaca. Su padre había abierto un despacho en una cuarta planta de un edificio céntrico de Viena, donde se ocupaban de asesorar jurídicamente, al mismo tiempo que de administrar las fortunas de varios miembros de la familia imperial, así como las más modestas economías de algunas congregaciones religiosas establecidas en Viena. Realizaban su labor de una manera tan discreta que incluso carecían de rótulo o placa a la entrada del edificio. Muerto su padre, él continuó dirigiendo el despacho hasta que la entrada de las tropas hitlerianas en Viena supuso un cambio radical en la situación de privilegio de que habían gozado hasta ese momento. Era consciente de que si la información de que disponía era conocida por la Gestapo, no sólo las fortunas, sino la vida de esas distinguidas personas corría un serio peligro. Y alguna información en ese sentido debía haber pasado al conocimiento de altos miembros de la policía secreta nazi, ya que a los pocos meses de la ocupación fue detenido. Sin embargo, no fue enviado a un campo de concentración donde se sabía que se sometía a los internos a durísimas condiciones, sino que fue confinado en una confortable habitación de hotel provista de calefacción, donde sólo disponía de una cama, una mesa, una silla, un minúsculo lavabo y un retrete para hacer sus necesidades. Pero se le privó de cualquier objeto que hubiera supuesto un medio de distracción o con el que pudiera haberse autolesionado. Con lo cual se veía condenado a observar los mismos muebles, el mismo papel pintado, la ventana enrejada a través de la cual sólo se veía un muro de ladrillos, y a vivir bajo una bombilla continuamente encendida, con lo cual no podía determinar si era de día o de noche, al mismo tiempo que perdió la cuenta del calendario. En esta habitación, que debía estar insonorizada, pues apenas podían oírse ruidos del exterior, recibía dos comidas diarias que le proporcionaba un guardián que nunca le dirigía la palabra. Se vio de esta forma sumido irremediabilmente en la nada. De esta habitación era sacado en ocasiones, y conducido hasta otra habitación donde aún debía esperar una, dos y hasta tres horas, antes de ser sometido a un meticuloso interrogatorio. Ello le suponía un esfuerzo tremendo de la memoria, pues debía recordar siempre qué información había proporcionado, y qué otra información debía callar, ya que podía comprometer a terceras personas. Para ocupar su mente en los momentos, interminables a veces, en que estaba recluido en su habitación, se le ocurrió recordar todo tipo de cuestiones que había aprendido en su vida; así por ejemplo, se repetía todo tipo de canciones, de textos literarios que había aprendido en la escuela, de datos relativos a su país y a otros países. De esta forma, trataba de eludir las ideas obsesivas que a veces surgían en su cerebro.

¿Cuánto tiempo debió permanecer confinado? Nunca lo sabrá exactamente, pero debieron transcurrir meses. Hubo un momento en que flaquearon sus fuerzas de tal manera que se planteó la posibilidad de contar todo lo que sabía, y concluir así con aquella situación infernal, cercana a la locura. Pero un día, esperando en la habitación contigua a la sala de declaraciones, ocurrió algo extraordinario. Había un armario en el que estaban colgados algunos abrigos de los oficiales que llevaban a cabo los interrogatorios. Comenzó a observarlos con detenimiento, y en el bolsillo de uno de ellos le pareció ver un objeto cuadrado y alargado que podría ser perfectamente un libro. ¡Un libro con el que distraerse en las horas interminables de soledad! Inmediatamente pensó en hacerse con él; observó a su guardián, que apenas reparaba en él, y poco a poco, y de espaldas se acercó al armario simulando querer apoyarse en él. El guardián seguía indiferente a sus movimientos. Con las manos a las espaldas consiguió situarse delante del abrigo, y con la punta de los dedos comenzó a sacar de su bolsillo muy lentamente lo que en efecto identificó como un libro no muy grueso. Con extremado cuidado lo introdujo en la parte posterior del pantalón, asegurándose de que por la presión de este quedara bien sujeto. Terminado el interrogatorio, y ya en su habitación disfrutó aún de la sensación de saberse poseedor de un objeto que le ayudaría a distraer su mente. Cuando al fin tuvo el libro entre sus manos, vio que se trataba de un libro de ajedrez. ¡Un libro de ajedrez! ¿Qué podría hacer él con un libro en el que se describían mediante expresiones alfanuméricas, como 2c, 7g o 3a, 150 partidas de maestros conocidos del ajedrez? La decepción fue enorme. Sólo cuando transcurrieron algunos días comenzó a sopesar la posibilidad de ejecutar él mismo esas partidas. Además comprobó que las sábanas tenían cuadrículas que bien podrían representar un tablero de ajedrez. Con migas de pan que fue guardando, comenzó a elaborar unas piezas rudimentarias, algunas de las cuales mezclaba con el copioso polvo acumulado en la habitación para representar las piezas negras. Sin embargo, debido a su notable imperfección, cuando llevaba apenas cinco o seis movimientos, equivocaba las piezas y se veía obligado a comenzar de nuevo la partida. Sopesó entonces la idea de prescindir del tablero, e imaginar mentalmente los movimientos, con lo que a los tres o cuatro días podía imaginárselos en su cabeza. Pasaron meses en que pudo repetir varias veces las 150 partidas, hasta que aquello se convirtió en un ejercicio mecánico, de tal forma que cuando iniciaba el primer movimiento de una partida aparecían inmediatamente todos los demás, con lo que aquella placentera ocupación comenzó a parecerle algo absurdo. Se planteó entonces la posibilidad de jugar consigo mismo, posibilidad que en un primer momento le pareció inviable; pero cuando hubo jugado tres o cuatro partidas, comprobó que cuando debía mover las blancas ponía todo su empeño, y que cuando a continuación le tocaba el turno a las negras, ponía el mismo afán. Toda esta pugna consigo mismo le llevó a un estado de ansiedad, en el que apenas comía, veía interrumpir el sueño, desembocando en una aguda crisis nerviosa. Los guardianes empezaron a escuchar gritos en el interior de la habitación, y en una ocasión que entró el guardián de turno a llevarle la comida lo cogió por el

cuello gritándole que ejecutara de una vez la respuesta a su movimiento.

Lo siguiente que recordaba era haberse despertado con una sensación profunda de sosiego en un espacio totalmente diferente, una espaciosa sala con amplios ventanales a través de los cuales podían verse unos cuidados jardines poblados con numerosos árboles. Era tan intensa la agradable sensación de descanso que hubiera preferido no despertar. Llevaba poco tiempo despierto, cuando se le acercó sonriente un hombre con una bata blanca que se presentó como el doctor Muller. Le dijo que no se preocupara y que tratara de descansar. Ya al día siguiente el doctor Muller le informó de que había sido trasladado al hospital por agentes de la Gestapo debido a su estado de colapso mental; que habían encontrado en su habitación un libro de ajedrez, por lo que en esas circunstancias no era difícil explicar el origen de su desequilibrio, y le advirtió de que, para proteger en lo sucesivo su salud mental, evitara aproximarse a un tablero de ajedrez. Le dijo además que conocía a algunos miembros de su familia, entre ellos a su tío, antiguo médico de cabecera del Emperador, y que en el informe que tenía que redactar para las autoridades nazis diagnosticaría un trastorno irreversible del sistema nervioso, con lo cual trataría de alejarlo de su terrible situación de confinamiento. Efectivamente, después del informe la Gestapo perdió todo el interés por su persona, pero le obligaron al exilio, razón por la cual había establecido su residencia en Estados Unidos.

Después de su estremecedor relato, le recordé la partida que teníamos pendiente con Zcentovic para la mañana siguiente, y le animé a que participara, convencidos como estábamos de que sería capaz de derrotarlo. El Señor B. aceptó, pero me puso como condición que su intervención se limitaría a una sola partida. A las once de la mañana estábamos todos puntuales, incluido nuestro engraido campeón, en la sala de juego. Inmediatamente comenzó la que era ya nuestra tercera partida. Pudimos observar la actitud totalmente distinta de ambos contendientes; mientras que Zcentovic permanecía callado e inmóvil ante el tablero, el Señor B. se mostraba totalmente distendido, comentándonos incluso, en una mesa aparte, las distintas vicisitudes de la partida. Fue transcurriendo así el juego, con un Zcentovic empleado totalmente a fondo, y con nuestro jugador cada vez más locuaz, cuando en el movimiento treinta y cinco el flamante campeón recogía las piezas del tablero, reconociendo así su derrota y evitando la humillación de un próximo e inevitable jaque mate. En un ambiente de exaltación, sin dar crédito aún a lo que acabábamos de presenciar, Zcentovic, en un tono profundamente cortés, pero que dejaba traslucir el dolor ante el propio orgullo herido, solicitaba la revancha. Inmediatamente, el Señor B., arrastrado por la euforia, e ignorando la condición que me había expuesto el día anterior, aceptó el desafío, jaleado por un MacConnor preso ya de la soberbia.

Nada más comenzar la nueva partida, vimos cómo Zcentovic demoraba exageradamente su turno, y paralelamente cómo el Señor B. daba muestras de un creciente y preocupante estado de ansiedad. Parecía haber adivinado el joven campeón el punto débil de su adversario. El juego se hizo

de una pesadez exasperante. El Señor B., incapaz de permanecer más de un minuto en su silla, se levantaba y daba paseos por la sala a un ritmo cada vez más rápido. Al mismo tiempo comenzó a beber agua de una manera desaforada. Zcentovic, mostrando a veces una sonrisa apenas perceptible, continuaba con su pesada e irritante estrategia. El Señor B. acompañaba sus reflexiones ante el tablero tamborileando exageradamente con sus dedos sobre la mesa, lo que obligó a Zcentovic a solicitarle mayor moderación en sus ademanes. El Señor B. respondía al requerimiento con una irónica sonrisa. Había tal tensión en el ambiente que comencé a temer que pudiera producirse un suceso inesperado e incluso violento. Observaba cómo el Señor B., ausente en ocasiones de la partida, mascullaba expresiones como “5c, 3d, 7a...”. Y se produjo entonces un hecho insólito: después de un movimiento de Zcentovic, nuestro ya delirante jugador con una euforia totalmente desbordada, sin mirar el tablero, anunció en un rugido jaque al rey. Observábamos todos detenidamente la posición de las piezas, pero nos era imposible constatar dicho jaque. El mismo Zcentovic nos apelaba a MacConnor y a mí para que comprobáramos su inexistencia. Cuando comunicamos al Señor B. el error, este, observando el tablero, comenzó a gritar indignado que el rey de su oponente no estaba en su correcta posición, así como otras piezas aledañas, que esa no era en absoluto la partida que estaban jugando. En ese momento tomé firmemente al Señor B. del brazo, y mirándole fijamente a los ojos le dije que no era necesario que continuara la partida, y que recordara la advertencia que le había hecho su médico en Viena. Entonces el Señor B., recobrando la debida compostura y usando de su natural educación, nos pidió que lo disculpáramos en el caso de que hubiera dicho alguna inconveniencia, pidió asimismo disculpas a Zcentovic, reconociendo que la partida era suya, y se retiró asegurando que nunca más se acercaría a un tablero de ajedrez. Estábamos todos totalmente consternados, salvo MacConnor que desahogaba su frustración con un comentario en el que literalmente dijo “¡maldito loco!”. A continuación, abandonamos todos la sala de juegos. El último que lo hizo fue Zcentovic, quien, echando una última mirada al tablero, dijo en un tono compasivo, pero que al mismo tiempo dejaba entrever un sentimiento de superioridad: “¡Lástima! Para tratarse de un jugador amateur, hay que reconocer que este señor tenía unas condiciones excepcionales”.